

En el café, doña Rosa estaba que echaba las muelas. La que le había armado a López por lo de las botellas de licor había sido épica; broncas como aquélla no entraban muchas en quintal.

—Cálmese, señora; yo pagaré las botellas.

— ¡Anda, pues naturalmente! ¡Eso sí que estaría bueno, que encima se me pegasen a mí al bolsillo! Pero no es eso sólo. ¿Y el escándalo que se armó? ¿Y el mal efecto de que ande todo rodando por el suelo? ¿Eh? ¿Eso cómo se paga? ¿Eso quién me lo paga a mí? ¡Bestia! ¡Que lo que eres es un bestia, y un rojo indecente, y un chulo! ¡La culpa la tengo yo por no denunciaros a todos! ¡Di que una es buena! ¿Dónde tienes los ojos? ¿En qué furcia estabas pensando? ¡Sois igual que bueyes! ¡Tú y todos! ¡No sabéis dónde pisáis!

Consorcio López, blanco como el papel, procuraba tranquilizarla. —Fue una desgracia, señora; fue sin querer.

— ¡Hombre, claro! ¡Lo que faltaba es que hubiera sido aposta!

¡Sería lo último! ¡Que en mi café y en mis propias narices, un mierda de encargado que es lo que eres tú, me rompiese las cosas porque sí, porque le daba la gana! ¡No, si a todo llegaremos! ¡Eso ya lo sé yo!

¡Pero vosotros no lo vais a ver! ¡El día que me harte vais todos a la cárcel, uno detrás de otro! ¡Tú el primero, que no eres más que un golfo! ¡Di que una no quiere, que si tuviera mala sangre como la tenéis vosotros...!

En plena bronca, con todo el café en silencio y atento a los gritos de la dueña, entró en el local una señora alta y algo gruesa, no muy joven pero bien conservada, guapetona, un poco bstentosa, que se sentó a una mesa enfrente del mostrador. López, al verla, perdió la poca sangre que le quedaba: Marujita, con diez años más, se había convertido en una mujer espléndida, plétórica, rebosante, llena de salud y de poderío. En la calle, cualquiera que la viese la hubiera diagnosticado de lo que era, una rica de pueblo, bien casada, bien vestida y bien comida, y acostumbrada a mandar en jefe y a hacer siempre su santa voluntad.

Marujita llamó a un camarero.

—Tráigame usted café.

—¿Con leche?

—No, solo. ¿Quién es esa señora que grita? —Pues, la señora de aquí: vamos, el ama. —Dígale usted que venga, que haga el favor. Al pobre camarero le temblaba la bandeja. —Pero, ¿ahora mismo tiene que ser? —Sí. Dígale que venga, que yo la llamo.

El camarero, con el gesto del reo que camina hacia el garrote, se acercó al mostrador.

—López, marche uno solo. Oiga, señora, con permiso. Doña Rosa se volvió.

— ¡Qué quieres!

—No, yo nada, es que aquella señora la llama a usted.

—¿Cuál?

—Aquella de la sortija; aquella que mira para aquí. —¿Me llama a mí?

—Sí, a la dueña, me dijo; yo no sé qué querrá; parece una señora importante, una señora de posibles. Me dijo, dice, diga usted a la dueña que haga el favor de venir.

Doña Rosa, con el ceño fruncido, se acercó a la mesa de Marujita. López se pasó la mano por los ojos.

—Buenas tardes. ¿Me buscaba usted?

—¿Es usted la dueña?

—Servidora.

—Pues sí, a usted buscaba. Déjeme que me presente: soy la señora de Gutiérrez, doña María Ranero de Gutiérrez; tome usted una tarjeta, ahí va la dirección. Mi esposo y yo vivimos en Tomelloso, en la provincia de Ciudad Real, donde tenemos la hacienda, unas finquitas de las que vivimos.

—Ya, ya.

—Sí. Pero ahora ya nos hemos hartado de pueblo, ahora queremos liquidar todo aquello y venimos a vivir a Madrid. Aquello, desde la guerra, se puso muy mal, siempre hay envidias, malos quererres, ya sabe usted.

—Sí, sí.

—Pues, claro. Y además los chicos ya son mayorcitos y, lo que pasa, que si los estudios, que si después las carreras, lo de siempre: que si no nos venimos con ellos, pues los perdemos ya para toda la vida.

—Claro, claro. ¿Tienen ustedes muchos chicos?

La señora de Gutiérrez era algo mentirosa.

—Pues, sí, tenemos cinco ya. Los dos mayorcitos van a cumplir los diez años, están ya hechos unos hombres. Estos gemelos son de mi otro matrimonio; yo quedé viuda muy joven. Mírelos usted.

A doña Rosa le sonaban, ella no podía recordar de qué, las caras de aquellos dos chiquillos de primera comunión.

—Y natural, pues al venimos a Madrid, queremos, poco más o menos, ver lo que hay.

—Ya, ya.

Doña Rosa se fue calmando, ya no parecía la misma de unos minutos antes. A doña Rosa, como a todos los que gritan mucho, la dejaban como una malva en cuanto que la ganaban por la mano.

—Mi marido había pensado que, a lo mejor, no sería malo esto de un café; trabajando, parece que se le debe sacar provecho.

—¿Eh?

—Pues, sí, bien claro, que andamos pensando en comprar un café, si el amo se pone en razón. —Yo no vendo.